

Juan Repullés

Todo tiene que pasar



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Todo tiene que pasar

Primera edición: abril de 2026

©Juan Repullés, 2025

© Cubierta: Javier Sempere

Edición © La Umbra y la Solana, 2026

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela

Diseño: Raúl Areces

ISBN 979-13-991733-0-7

Depósito legal: M-10271-2026

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente Prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Defensa española	13
Hexágonos	35
Luces de la ciudad	51
Los días de San Lorenzo	79
Un Mini rojo	99
Una comedia francesa	125
Cuando nos conocimos	141
Serrano Anguita	167
El último romántico	179
Fiesta	189
Desmemorias	199
Oraciones y mentiras	221
Dos hermanas	243

bonus track

Familia	259
---------	-----

*Candy says
I hate the quiet places
That cause the smallest taste of what will be
Candy says
I hate the big decisions
That cause endless revisions in my mind*

*And Lisa says, on a night like this
it'd be so nice if you gave me a great big kiss
And Lisa says, hey baby, for just one little smile
I'll sing and play for you for the longest while*

(Lou Reed)

*Para C. como todo lo que hago
(y a veces, también, lo que no hago)*

Defensa española

1

Era la cuarta vez que me encontraba al francés ese verano. Nos cruzamos por la calle, él debía de salir de algún bar o había quedado con alguien en algún otro, aún no era tarde. Yo había salido con el perro, me dio rabia que me viera así, me había puesto cualquier cosa, la camiseta con la que había estado cocinando, un pantalón corto de algodón y las sandalias. Era martes y el barrio estaba prácticamente desierto. Hacía mucho calor, pero él se había arreglado para salir de casa. “Buenas noches, *petite princesse*”. Siempre me llamaba así, princesita. Es guapo, el francés. Esa noche llevaba una camisa blanca de algodón con los dos primeros botones desabrochados. Tiene un cuello muy largo y fuerte, el mentón cuadrado, una nariz grande, me recuerda a la de Robert de Niro, y una barba de tres días, de alguno más, que le da un toque algo canalla a una cara que es muy infantil, con su melenita ensortijada y su mirada de niño bueno. “Qué horror, qué calor hace”, le dije, “no sé cómo te apetece salir de casa”. “Mi casa se cae encima de mí”. No hablaba buen español el francés, no sé cuánto tiempo llevaría en Madrid. Hablamos un minuto más y nos despedimos. Me dijo adiós, hasta pronto, y se fue por San Andrés, hacia la plaza del 2D, y yo di la vuelta por Espíritu Santo para regresar a mi casa.

Hay barrios en Madrid que tienen algo de pueblo. Los vecinos son los mismos desde hace siglos y se encuentran y se saludan por la calle cuando van a comprar el pan, al salir de misa los domingos, cuando toman el aperitivo o van a comer con la familia. Mi barrio, en cambio, a pesar de que tiene unas fronteras muy definidas – limita al norte con los bulevares, al sur con la Gran Vía y a los lados con San Bernardo y Fuencarral– se llena de gente los fines de semana, se llena de gente casi cada noche, y no es normal encontrarte con conocidos salvo con los parroquianos de los bares que frecuentamos. Al francés le conocí por mi amigo Nacho hace un par de meses, un domingo por la mañana que estábamos en la terraza del Rincón. Nacho le llamó cuando pasaba junto al bar y le dijo que se sentara, que se tomara algo con nosotros, “si no tienes prisa”, le dijo, “si no has quedado con nadie”. “No, he bajado a comprar el pan. Compró una barra y ahora vengo”. Una *bagga*, se atascaba con las erres el francés y a mí me hizo gracia. Mientras volvía, Nacho me contó que se lo había presentado una amiga en el Pepe Bottella. “Es un tío listo, el francés. Trabaja en una fundación, en algo relacionado con el Instituto Francés, o en algo así. Vive con otro tío, creo. No es que sean pareja, comparten piso, por Valverde me quiere sonar que me dijo que vive”.

El francés me dio dos besos antes de sentarse y también le plantó otros dos a Nacho. “Yo quiero un vinito”, le dijo al camarero. Tenía mucho acento, parecía casi una caricatura, uno de esos chistes de van un francés, un inglés y un alemán.

A pesar de que me había parecido un chico muy guapo, ya lo he dicho antes, aunque tenía algo de novio el francés, me olvidé de él enseguida. No quería saber nada de hombres, hacía poco que había salido de una relación horrenda y estaba en periodo de abstinencia, me estaba quitando, lo último

que me apetecía era meterme en otra relación de cabeza. “A mí no me pillan en otra en mucho tiempo”, le dije a mi amiga Clara días después. “No quiero otro tío ni en pintura”.

“Ya, como si no te conociera. Antes de que acabe el verano, te has liado con otro impresentable”.

“Vete a la mierda. ¿Quieres que apostemos?”

Clara y yo nos conocemos desde el instituto y se sabe mejor que yo mi historial de conquistas y desastres amorosos. Estábamos las dos tomando algo en el Pepe Botella y luego iba a venir también Nacho; pero tardaba, tenía lío, me dijo por teléfono, es diseñador y estaba a vueltas con una web para uno de sus clientes. A Clara no le cae muy bien mi amigo, la verdad es que Clara es un poquito *rottenmeier*, un poquito doña perfecta, de esas que te dan consejos como si fueran órdenes y no te pasan ni una. Pero es mi mejor amiga, qué quieres, y siempre ha estado ahí para lo bueno y para lo malo.

El último tío con el que había estado saliendo, el culpable de que estuviera en dique seco, de apartarme de los placeres de la conquista, el sexo y otros demonios, me había dejado un sabor amargo, un malestar más profundo del que quería reconocer. Había sido una relación fugaz, no duró mucho, apenas ocho o nueve meses, como un embarazo. Me di cuenta enseguida de que estaba en terreno peligroso; en realidad, no me di cuenta del todo, no me quería enterar, cerraba los ojos, prefería engañarme hasta que alguien me avisó, una amiga que sabía de otra que había estado antes con él, “sal de ahí, corta con ese tío lo antes posible, te va a hacer daño”, me dijo y la hice caso. También era muy guapo este chico, mi ex, era muy alto, un tiarrón, me recordaba a uno de esos tíos duros que salen en los westerns o en las

películas de cine negro, algo entre Robert Mitchum y John Wayne. Tenía ojos azules, de un azul algo metálico. Era mayor que yo y estaba algo enfermo, eso me dijo, había tenido un infarto hacía tiempo. No un infarto serio, de esos que te dejan marcado y te cambian la vida para siempre. Había sido más bien un aviso, un toque de atención que él se empeñaba en ignorar. Bebía mucho aquel hombre que me había dejado maltrecha, un poco manga por hombro, y yo bebí todavía más de lo normal el tiempo en que estuvimos juntos. Bebía mucho aquel hombre, pero bebía mal, no bebía con alegría, para animarse, para estar algo más desen-vuelto, como hacemos casi todos. Bebía de un modo recon-centrado, siempre whisky sin hielo ni agua, decía que tenía sangre escocesa, vete a saber.

El tiempo que estuve con él nunca pisé terreno firme, me sentía como Ángel Cristo cuando metía la cabeza en la boca del león. No era un hombre alegre, era más bien ta-citurno. Al principio me gustaba eso, le daba un aire miste-rioso. Pero enseguida eché de menos que me quisiera más. Y, sobre todo, que me lo demostrara. Yo soy muy cariñosa, me pierde el cariño, y soy de piel, me gusta tocar y que me toquen. Me gusta que me digan que me quieren, necesito que me lo digan muchas veces, igual soy más frágil de lo que pienso. Y aquel tío casi nunca me decía ni mu, era como si midiera y pesara cada cosa que me decía, cada cariño que me daba, había que sacarle los besos y las palabras con ti-rabuzón.

Mis padres se separaron enseguida, casi no estuvieron jun-tos, yo era todavía una niña pequeña y me hizo daño que mi padre se alejara de nosotras, casi no le vi durante mi infan-cia, se fue con otra mujer y estuvo un tiempo viviendo en el

extranjero. Mi madre se había quedado embarazada muy joven, era una adolescente cuando me tuvo, fue peor que un accidente de coche. Los casaron a los dos, estaba Franco, todavía estuvo un rato más, le dio tiempo aún de firmar penas de muerte, era otra época; pero aquello, su matrimonio, duró poco, no duró casi nada, y cuando mi papá se fue, cuando dio la estampida, mi madre se quedó sola, sola del todo no, se quedó conmigo, con una niña de tres años mientras ella acababa de cumplir los veinte. Se quedó sola y me dejaba muchas veces con mis dos abuelas para vivir un poco, para hacer la vida que yo le había robado. Me quedaba muchos días con su madre y los veranos con aquella suegra que no ejerció nunca de eso pero que me quiso siempre, yo fui la primera nieta, fui casi como una hija tardía para aquellas dos mujeres tan distintas.

Así me críe yo y así he salido, como Eric Clapton, el pobre. Me contó Nacho, lo sabe todo sobre música, que la mamá de Clapton se lió con un marinero canadiense –¿el de Tatuaje?– que había preñado a medio pueblo durante la guerra, la segunda, y luego salió por patas. La mamá, Patricia, tenía dieciséis años y su madre se hizo pasar por la mamá del bebé para ahorrarle la infamia a su hija. Eric estaba convencido de que su abuela era su mamá y su mamá su hermana mayor hasta que se enteró de todo con trece añitos. ¡Vaya folletón!

Pues eso, mi papá no era soldado ni marinero, no era nada entonces, se metió en negocios de mayor, y yo siempre he sabido que mi mamá era mi mamá; pero los dos, Clapton y yo, nos quedamos compuestos y sin padre, bajo el ala de la abuelita, y así nos ha ido luego. Clapton, el pobre, se ha drogado mucho más, eso sí, ha bebido como un cosaco. Pero a los dos nos ha quedado esa inseguridad que nos ha jodido

nuestra vida sentimental, nuestra relación con el otro sexo. Y así, con ese bagaje, me llegó el disgusto con mi último novio, que cabrón. Con el último y con algún otro. Pero este había sido el peor, *the worst of the worst*, el canalla que me había dejado con vocación de soltera para un buen rato, a pesar de lo que diga mi amiga Clara. O eso pensaba yo.

2

En esas estaba cuando el francés empezó a aparecer por todas partes, de noche casi siempre, como los de la santa compañía. Me imaginaba a aquel francés al frente de la comitiva de todos mis novios pasados y dispuesto a soltarme la cruz y el caldero, a meterse en mi cama, a no ser que hiciera yo el círculo en la tierra con un dedo mojado de cerveza y me librara de la maldición. Virgencita, virgencita, que me quede como estoy, le pedía yo a la patrona de los amores contrariados, que no sé quién es ni si existe, pero siempre tiene la iglesia un roto para cualquier descosido.

Andaba yo alterada aquel verano, andaba pachucha, me había quedado flojita después de dejarlo con aquel miserable que aún tensó un poco más la cuerda, no te vayas a creer que se fue de una vez y para siempre, me fue poniendo trampitas, como esos cepos que ponen los niños de pueblo para cazar gorriones.

Una noche que volvía de tomar cervezas con Nacho, me encontré a aquel tipo, a aquel mal hombre, en el portal de mi casa; en la esquina, para que el demonio no se ría de la mentira, como decía mi yaya. “Hola, mi niña, ¡qué casualidad!”. Casualidad, los cojones, pensé yo. Pero le saludé también, me han enseñado a ser educada. Me contó un cuento, que había estado cenando con amigos, que se acababan de ir,

qué oportunos, que vamos a tomar algo, anda, y me llevó a tomar una copa y luego otra, mira que soy tonta. Tonta de remate, porque le dejé subir a mi casa. Menos mal que mi hija se levantó de la cama y apareció en la cocina donde estábamos los dos. Al ver la carita que puso la pobre, le di un vaso de agua, la llevé a su cuarto y cuando volví a la cocina mandé a aquel indeseable a la puta calle. “¿Es que me vas a dejar tirado ahora?”, me dijo con su voz más zalamera. “Oye, que no he traído el coche, a ver cómo me voy ahora a Sanse”. El asqueroso vivía en un chalé en San Sebastián de los Reyes con su hija de quince años. “Me da igual lo que hagas, pero aquí no te quedas”. Me costó sacarle de mi casa, pero al fin se fue. Nada más cerrar la puerta empecé a llorar. Sí, también soy muy llorona, qué le voy a hacer. Encendí un pitillo jurándome que aquel era el último, que lo iba a dejar, me acabé la cerveza, me fui al baño, me lavé los dientes, me limpié la cara, me puse las cremas y no conseguí dormirme hasta las tantas.

Antes y después de esa noche, ese desalmado –se me acababan los adjetivos– me iba dejando mensajitos en el guasap, me llamaba una y otra vez, aunque yo no se lo cogía, llamó incluso a un par de amigas mías haciéndose la víctima, pidiéndoles que intercedieran por él. Era como esa muela que cuando crees que se ha curado te vuelve a dar un pinchazo. Hasta que me la arranqué de cuajo. O, por lo menos, me hice una endodoncia, maté el nervio para que no me doliera más.

Así que el francés me pilló baja de defensas, pero firme en mi propósito de no volver a recaer. Me lo encontraba una y otra vez, ya te digo. “Nacho”, le dije a mi amigo una noche de copas, “no hago más que encontrarme con el francés ése”.

“Será que le gustas, será que te sigue. O estará de dios, qué se le va a hacer. Hay cosas peores, ¿no te parece?”

3

Aquel verano yo estaba dispuesta a hacer vida de niña buena. A finales de agosto me iba a ir con mi hija a pasar unos días en Cádiz, a la casa que alquilaba cada año Clara con su marido y sus hijos. Mientras tanto me había hecho el propósito de dejar de fumar, de beber menos, de dormir mis horas y de salir de juerga solo los fines de semana. Pero hacía calor en casa, un calor insostenible, la niña se había ido con su padre a pasar unos días y yo me encontraba mejor. Y encima Nacho, que no paraba de llamarme, de proponerme cosas, de sacarme por ahí, de juntarme con lo peor de cada casa. Que si hoy hay jaleo en casa de los pintores, de Óscar y Gabriela; que si vamos al cine, que pasan hoy en la filmo una peli de Godard, la de Banda Aparte; que si te bajas a la plaza, que estoy con la gringa y unos amigos; que voy a hacer cena en casa, super tranqui, a las doce estás en la cama. Y yo soy de esas que se apuntan a un bombardeo, las cosas como son. Y además ese frenesí, ese entrar y salir, me quitaba al bicho de mi antiguo novio de la cabeza, o eso me decía yo.

Me miraba por la mañana en el espejo y cada vez tenía más ojeras, estaba hecha un fideo, parecía una de esos modelos del *heroin chic*. Así, tan esmirriada, me daba un aire a Kate Moss, no tengo abuela, pero guapa sí que soy, eh, aunque esté hecha una piltrafa. Iba arrastrando el cansancio y la resaca por la oficina, me quedaba dormida viendo la tele los días que no tenía plan y de vez en cuando me daba un ho-